

*François Mauriac*  
El desierto del amor

◀ BackList

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© Grasset & Fasquelle, 1925  
© por la traducción, J. Larraya  
© Editorial Planeta, S. A., 2009

BackList, Barcelona, 2009  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: marzo de 2009

Depósito Legal: M. 5.203-2009  
ISBN 978-84-08-08567-6  
Preimpresión: Foinsa Edifilm, S. L.  
Impresión y encuadernación: Artes Gráficas Huertas, S. A.  
Printed in Spain - Impreso en España

## I

Durante muchos años, Raymond Courrèges había alimentado la esperanza de volver a encontrar en su camino a aquella Maria Cross de quien deseaba ardientemente vengarse. Muchas veces había seguido por la calle a una mujer creyendo que era aquélla a la que buscaba. Más tarde, el tiempo había aletargado hasta tal punto su rencor que, cuando el destino lo puso frente a aquella mujer, no experimentó de momento la alegría mezclada de furor que aquel encuentro hubiera debido suscitar en él. Cuando aquella noche entró en un bar de la rue Duphot no eran más que las diez y el mulato del *jazz* canturriaba únicamente para placer de un *maître* de hotel, atento y solitario. En la *boîte* angosta, donde a medianoche se darían pisotones las parejas, roncaba, como un moscardón, un ventilador. Al portero, que se extrañaba de verlo, «no estamos acostumbrados a ver al señor tan temprano...», Raymond había contestado con un solo ademán para que hiciera cesar aquel zumbido. El portero, confidencial, quiso en vano persuadirlo de que «este sistema, sin hacer aire, absorbe el humo», pero Courrèges lo había mirado de tal manera que el hombre se batió en retirada hacia el guardarropa. En

el techo, el ventilador se calló como un abejorro que se posa.

Después de haber quebrado la línea inmaculada de los manteles y reconocido en el espejo su expresión de los peores días, el muchacho se había preguntado: «¿Qué es lo que no marcha?» Detestaba perder las noches, y aquélla la perdería por culpa de aquel animal de Eddy H... Había sido casi necesario forzar a aquel muchachito, recogerlo en su coche para llevarlo a la fuerza al *cabaret*. Durante la comida, Eddy se había excusado de su falta de atención, atribuyéndola a una jaqueca, sentado apenas en el borde de la silla, impaciente, absorbido ya por algún placer próximo y futuro. Cuando hubo tomado el café, huyó alegre, con la mirada viva, las orejas rojas, las aletas de la nariz dilatadas. Durante todo el día, Raymond se había forjado una imagen encantadora de la velada y la noche, pero a Eddy se le habían ofrecido sin duda otros placeres más refrescantes que una confidencia.

Courrèges se extrañó de no sentirse únicamente defraudado y humillado, sino triste. Le chocaba un poco que el más insignificante camarada fuera para él un don precioso, y lo consideraba una novedad en su vida. Hasta los treinta años, incapaz de sentir el desinterés que la camaradería exige, muy ocupado por otra parte con las mujeres, había despreciado todo lo que no le parecía objeto de posesión y, muchacho ávido, hubiera podido decir: «No me gusta más que lo que se devora.» En aquellos tiempos, él no utilizaba a sus amigos más que

como confidentes y testigos; un amigo era ante todo un par de oídos. Le gustaba también convencerse de que los dominaba, los dirigía. Tenía la pasión de la influencia y se jactaba de desmoralizar con método.

Raymond Courrèges hubiera sabido crearse una clientela como su abuelo el cirujano, como su tío abuelo el jesuita, como su padre el doctor, si hubiese sido capaz de convertir sus apetitos en vasallos de una carrera y si su gusto no le hubiese alejado siempre de perseguir otra cosa que una inmediata satisfacción. Y se acercaba, no obstante, a la edad en que únicamente los que se dirigen al alma pueden estabilizar su propio dominio. Courrèges, por su parte, sólo podía asegurar a sus discípulos un mejor rendimiento del placer. Pero los más jóvenes deseaban cómplices de su misma generación y su clientela disminuía. En amor, la caza pulula mucho tiempo; pero el pequeño grupo de los que empezaron con nosotros a vivir se reduce cada año. A los supervivientes de los crueles cortes de la guerra, ya hubiesen sido tragados por el matrimonio o deformados por la profesión, Courrèges, al verlos con el cabello gris, un poco de barriga, el cráneo desnudo, los odiaba porque tenía su edad; los acusaba de ser los asesinos de su juventud y de traicionarla antes de que la juventud renunciase a ellos.

Él se enorgullecía de contarse entre los muchachos de la posguerra, y esta noche, en el bar, todavía vacío, donde sólo vibra la mandolina con sordina (la llama de la melodía muere, renace, vacila), mira ardientemente

su rostro que el año trigésimo quinto perdona aún. Pensó en el envejecimiento: antes de tocar su cuerpo, tocaba su vida. Si constituía su orgullo oír a las mujeres interrogarse entre ellas: «¿Quién es aquel muchacho alto?», sabía que los jóvenes de veinte años, más perspicaces, no lo contaban ya entre los hijos de su raza efímera. Aquel Eddy había tenido, tal vez, algo mejor que hacer que oírlo hablar de sí mismo hasta el amanecer, con el estruendo del saxofón; pero quizá también él, a aquellas horas, sentado en otro bar, no hace más que abrir su corazón a otro muchacho nacido en 1904, que, sin cesar, le interrumpe con unos «Yo también» y «Es como yo...».

Entró un grupo de jóvenes que habían adoptado, para atravesar la sala, un aire de suficiencia y altivez al ver aquella soledad. Se reunieron alrededor del barman. Sin embargo, Courrèges no se resignaba nunca a sufrir a causa de otro, fuese amante o camarada. Se ejercitó, pues, siguiendo su método, en ver la desproporción entre la insignificancia de Eddy H... y la turbación que le producía su abandono. Experimentó la satisfacción de no encontrar resistencia en ninguna raíz cuando quiso arrancar la hierba de aquel sentimiento. Llegó a enardecerse hasta considerar que él podría, al día siguiente, poner en la puerta de la calle a aquel muchacho, y pensó, sin estremecerse, en no verlo más. Incluso se dijo con alegría: «Voy a borrarlo...» Suspiró de bienestar, pero después se dio cuenta de que en él subsistía un malestar del que Eddy no tenía la culpa. ¡Ah, sí!.. Era aquella carta que tenía en el bolsillo de su esmoquin...

Inútil volverla a leer. El doctor Courrèges no usaba con su hijo más que un lenguaje elíptico, fácil de retener:

*Estoy Grand Hôtel durante Congreso Medicina. A tu disposición por la mañana antes de las nueve y por la noche después de las once. Tu padre,*

PAUL COURRÈGES

Raymond murmuró «Puede esperarme...», y adoptó, sin darse cuenta, un aire de reto. Guardaba rencor a su padre porque no le era tan fácil de despreciar como el resto de la familia. A los treinta años, Raymond reclamó en vano la dote que había recibido su hermana casada. Ante la negativa de sus padres, había roto los lazos, pero la fortuna pertenecía a madame Courrèges. Raymond sabía muy bien que su padre se habría mostrado generoso si hubiese sido suyo el dinero, pues el dinero no tenía valor para él. Repitió «Puede esperarme...», pero no pudo abstenerse de ver una llamada en aquel mensaje escueto. No estaba tan ciego como madame Courrèges, a quien irritaban la frialdad y la brusquedad de su marido y que tenía costumbre de repetir: «¿Qué me importa a mí que sea bueno, si no me doy cuenta? ¡Piensen ustedes lo que sería si fuese malo!»

Raymond se sentía molesto por la llamada de aquel padre demasiado difícil de odiar. No, decididamente, no le contestaría; pero de todos modos... Más tarde, cuando Raymond Courrèges rememoró las circunstancias de aquella noche, se acordó del malhumor que ha-

bía experimentado al entrar en aquel bar vacío; pero olvidó las causas, que fueron la defección de un camarada llamado Eddy y la presencia de su padre en París. Creyó que aquel humor acre había nacido de un presentimiento, y que existía una relación entre el estado de su corazón, aquella noche, y el acontecimiento que se acercaba a su vida. Él ha sostenido siempre que ni Eddy solo ni el doctor Courrèges hubieran tenido el poder de mantenerlo en aquel estado de angustia, pero apenas estuvo sentado delante de un cóctel, su espíritu y su carne, instintivamente, notaron la proximidad de aquella que, en aquel mismo instante, en un taxi, en la esquina de la rue Duphot, buscaba en su bolso de noche y le decía a su compañero:

—¡Qué contrariedad! He olvidado el lápiz de labios.

Y el hombre contestaba:

—En el lavabo deben de tener.

—¡Qué horror! Para coger algo...

—Gladys te prestará el suyo.

La mujer entró. Un sombrero acampanado ocultaba la parte alta del rostro y no dejaba ver más que el mentón donde el tiempo inscribe la edad de las mujeres. El cuadragésimo año había dejado sus huellas aquí y allá, en la parte baja de la cara, estirando la piel, iniciando un surco. Bajo las pieles, el cuerpo debía de estar encojido. Deslumbrada como un toro al salir del toril, se detuvo en el umbral del bar centelleante. Cuando llegó su

compañero, que se había entretenido en una discusión con el chófer del taxi, Courrèges, sin reconocerlo de momento, se dijo: «Esta cara la he visto yo en alguna parte... Es alguien de Burdeos.» Y súbitamente un nombre acudió a sus labios, mientras observaba aquella cara que parecía ensanchada de satisfacción de ser él: Victor Larousselle... Latiéndole el corazón, Raymond contempló a aquella mujer, que al darse cuenta de que era la única que llevaba sombrero, se lo quitó con un gesto brusco, y sacudió frente al espejo su cabello recién cortado. Unos ojos aparecieron, grandes y tranquilos, y una frente ancha, pero delimitada estrictamente por las siete puntas recortadas de una cabellera oscura. En la parte alta de aquel rostro se había concentrado todo lo que aquella mujer conservaba de juventud superviviente. Raymond la reconoció, a pesar del pelo cortado, del cuerpo más recio, de aquella lenta destrucción que partía del cuello y subía hacia la boca y las mejillas. La reconoció como hubiera reconocido un camino de su infancia, aunque los robles que lo sombreaban hubiesen sido cortados. Courrèges calculó el número de años, y al cabo de dos segundos se dijo: «Tiene cuarenta y cuatro. Yo tenía dieciocho y ella veintisiete.» Como todos los que confunden la felicidad y la juventud, tenía la sensación sorda, pero siempre despierta, del tiempo transcurrido. Sus ojos no cesaban de medir el abismo del tiempo muerto; cada ser que había desempeñado un papel en su destino, él lo había puesto en su sitio, y así, al volver a ver su cara, lo recordaba inmediatamente.

«¿Me reconocerá?» Pero ¿se habría vuelto ella tan bruscamente si no le hubiese reconocido? Se había acercado a su compañero y debía de suplicarle que no se quedaran allí, porque él respondió en voz alta, en el tono del que desea que la galería lo admire: «No, no es triste. Dentro de media hora estará lleno como un huevo.» Y empujando una mesa, no lejos del lugar donde estaba sentado Raymond, se sentó pesadamente; y había en su rostro, al que la sangre aflucía, con otros signos de esclerosis, una satisfacción sin sombra. Pero como la mujer permanecía inmóvil, en pie, la interpeló: «¡Y bien! ¿A qué esperas?» Y ya no hubo satisfacción, de repente, ni en sus ojos, ni en sus labios gruesos y casi morados. Creyendo hablar en voz baja, él añadió: «Naturalmente, basta que a mí me divierta una cosa para que tú pongas mala cara...» Sin duda ella le decía «Ten cuidado, nos escuchan», porque el individuo repuso casi a voz en grito: «¡Sé estar en los sitios, me parece! Y aunque nos oyesen, ¿qué?»

Sentada no lejos de Raymond, la mujer se había tranquilizado. Él hubiera tenido que inclinarse para mirarla, y de ella dependía huir de su mirada. Courrèges adivinó esta seguridad; comprendió, icon qué horror!, que aquella situación, deseada desde hacía diecisiete años, podía perderse. Al cabo de diecisiete años creía encontrar intacto su deseo de humillar a aquella mujer que lo había humillado, de demostrarle qué clase de hombre era, un hombre de los que no aceptan que una mujer se burle de ellos. Durante muchos años se había

complacido en imaginar las circunstancias que los pondrían frente a frente y qué ardid emplearía entonces para avasallar, para hacer llorar, a aquella ante la cual, en otros tiempos, él se había mostrado tan miserable... Si aquella noche, en vez de aquella mujer, hubiese reconocido a cualquier otra comparsa de su vida de colegial de dieciocho años, al camarada preferido de aquella época o al profesor más odiado, sin duda a su vista no hubiera descubierto en sí ningún rastro de aquella preferencia ni de aquel odio que había experimentado el chiquillo que no era ya. Pero, ante aquella mujer, ¿no se sentía acaso igual que aquel jueves de junio de 19... en el crepúsculo, por aquella carretera polvorienta de suburbio que olía a lirios, delante de una puerta cuya campanilla no sonaría nunca más para él? ¡Maria! ¡Maria Cross! Del adolescente erizado, vergonzoso que era todavía, ella había hecho un hombre nuevo que debía seguir siéndolo siempre... Pero ella, esta Maria Cross, ¡qué poco había cambiado! Siempre aquellos ojos que interrogaban, aquella frente llena de luz. Courrèges se decía que su camarada preferido de 19... sería, esta noche, un hombre gordo, calvo, con barba. Pero el rostro de ciertas mujeres, incluso en la madurez, permanece bañado de infancia. Es tal vez su infancia eterna lo que fija nuestro amor y lo libera del tiempo. Ella estaba allí, la misma, después de diecisiete años de pasiones desconocidas, como aquellas vírgenes negras a las cuales ninguna llama de la Reforma o el Terror pudo alterar la sonrisa. Y el mismo hombre importante la entretenía aún, aquel

hombre cuya impaciencia y cuyo mal humor se manifestaban ruidosamente porque no llegaban las personas que estaban esperando.

—Será Gladys, que lo habrá entretenido una vez más. Yo, que soy siempre puntual, siento horror de los que no lo son. Es curioso: no puedo soportar hacer esperar, es más fuerte que yo. La gente es ahora de una grosería...

Maria Cross le tocó el brazo y debió de repetir «Nos están oyendo...», porque él gruñó que no decía nada que no pudiera ser oído y que era increíble que fuese ella quien pretendiera enseñarle a vivir.

Su sola presencia entregaba a Courrèges, sin defensa, a lo que no era ya. Sí, había conservado siempre una conciencia clara del tiempo transcurrido, detestaba evocar las imágenes precisas y nada temía tanto como las rebeliones de los espectros. Pero ¿qué hacer, aquella noche, ante el torrente de rostros desencadenado por la presencia de Maria? Le parecía oír dar las seis y que los pupitres de la clase crujían. No había llovido lo suficiente para que el polvo no se levantara y el tranvía no estaba suficientemente iluminado para que él pudiera acabar de leer *Aphrodite*. Era un tranvía lleno de obreros a quienes la fatiga del día transcurrido daba una expresión de dulzura.